



## 103121 Pastor's Note The Four Last Things: Death

It has been a few weeks since we left off in our examination of the virtues in these Pastor's Notes, and I promise that I will finish that series in due time, with a look at the Theological Virtues and the vices opposed to each virtue. But as we enter into the month of November, I thought it would be appropriate to reflect upon something more thematic for this time of year, what we call "the Four Last Things." As I have remarked before, Catholicism seems to be a religion of lists, with lots of numbered lists with symbolically significant numbers numbering said lists. We like threes, for the persons of the Trinity; sevens, for the Days of Creation, the Virtues (Cardinal and Theological taken together), and the gifts of the Holy Spirit; twelves, for the Apostles, the Tribes of Israel, and the fruits of the Holy Spirit, and so on. The Four Last Things gain their numbering not really from any symbolic significance, but simply the logical order of what there could be "at the last." The branch of theology concerned with these things is called *eschatology*, which literally translates from Greek as "knowledge of the last things," and we number those last things as four, since there couldn't really be much more than that in the Christian reckoning. Those four last things are *death, judgement, heaven, and hell*.

But some might say that as Catholics, we believe in a fifth thing, *purgatory*, and others will respond that Vatican II did away with purgatory. I assure you that it is a myth that Vatican II did away with purgatory (and most of the things that Vatican II is supposed to have done away with; in the next few months, I will probably do a series of bulletin notes about what Vatican II *actually* said and did, based on what the documents actually say, and it will likely surprise you at certain points). I assure you as well that to speak of four last things, and not five so as to include purgatory, does not take purgatory out of the picture. We will see why shortly. Today, we will talk about death.

Death is naturally the first of the four last things. Before one could get to judgment and then to either heaven or hell, he must undergo death. In the Book of Wisdom in the Old Testament, we hear that "God did not make death, nor does he rejoice in the death of the living." Death is a consequence of original sin. With the coming of Christ, death no longer meant destruction or hopelessness, because in taking death upon himself—bearing the penalty of sin—Christ transformed death in the means to attaining eternal life. The glory of the Resurrection must be preceded by the sorrows of the Passion; Good Friday must come before Easter Sunday. This is true of Christ and true of the redemption that he wrought, it is also true of his faithful, who must undergo death in order to receive a share in his Resurrection. While death is a fearful thing for us on a natural level and a cause for grieving, it is also a reality which is endowed with hope in Christ. "Life is changed, not ended," says the Preface of Masses for the Faithful Departed, quoting St. Augustine, and indeed, this is the hope of all the faithful.

Death is a fearful thing for us, and a cause of grieving, and this is natural. Our culture, one which is fixated on good feelings to the point of idolatry, says that we must never feel bad, and that the occasion of someone's death is a time to suppress that sadness and just celebrate life. But we grieve because we love. Loss is always painful, and there is nothing wrong with allowing ourselves to feel that pain and respond to it in appropriate measure and in appropriate ways. Perhaps the most damaging thing our culture says is "don't be sad, don't cry, be strong, be cheerful! Celebrate the person's life!" But as the Book of Ecclesiastes tells us, "there is a time to mourn, and a time to dance." We must not pass over the time to mourn on the way to dancing, but accept that this is a part of life, and allow ourselves to experience it. It is an experience of the closeness of Christ; everything that he experienced he consecrated as a place where we can encounter him, and so when he wept over the death of his friend Lazarus, he consecrated even mourning as a place to meet him. He knew he would raise Lazarus from the dead, he knew that he himself would give the Resurrection to all who believed in him, and still he mourned. And his Holy Mother, who did not know original sin, nor commit actual sin, and whose faith was the purest of anyone who ever lived, though her faith told her she would see her Son rise from the dead, still she grieved him intensely. When we encounter mourning and grief, let us be consoled in the knowledge that Christ accompanies us in our grief, and gives us hope in the Resurrection.



## 103121 Pastor's Note Los Novísimos: La Muerte

Han pasado algunas semanas desde que dejamos de examinar las virtudes en estas Notas, y prometo que terminaré esa serie a su debido tiempo, con una mirada a las Virtudes Teologales y los vicios opuestos a cada virtud. Pero a medida que entramos en el mes de noviembre, pensé que sería apropiado reflexionar sobre algo más temático para este tiempo del año, lo que llamamos "los novísimos," o "las cuatro últimas cosas". Como he comentado antes, el catolicismo parece ser una religión de listas, con muchas listas numeradas con números simbólicamente significativos que numeran dichas listas. Nos gustan los tres, para las personas de la Trinidad; Siete, para los Días de la Creación, las Virtudes (cardinales y teológicas tomadas juntas) y los dones del Espíritu Santo; doce, para los Apóstoles, las Tribus de Israel y los frutos del Espíritu Santo, y así sucesivamente. Las cuatro últimas cosas obtienen su numeración no realmente por ningún significado simbólico, sino simplemente por el orden lógico de lo que podría haber "al final". La rama de la teología que se ocupa de estas cosas se llama *escatología*, que literalmente se traduce del griego como "conocimiento de las últimas cosas", y contamos esas últimas cosas como cuatro, ya que realmente no podría haber mucho más que eso en el cómputo cristiano. . Esas cuatro últimas cosas son *la muerte, el juicio, el cielo y el infierno*.

Pero algunos dirán que como católicos creemos en una quinta cosa, el purgatorio, y otros responderán que el Concilio Vaticano Segundo acabó con el purgatorio. Les aseguro que es un mito que el Vaticano II eliminó el purgatorio (y la mayoría de las cosas que se supone que el Vaticano II eliminó; en los próximos meses, probablemente haré una serie de notas de boletín sobre lo que el Vaticano II de hecho, dijo e hizo, según lo que dicen los documentos, y probablemente les sorprenderá en ciertos puntos). Les aseguro también que hablar de cuatro últimas cosas, y no de cinco para incluir el purgatorio, no quita al purgatorio del cuadro. Veremos por qué en breve. Hoy hablaremos de la muerte.

La muerte es, naturalmente, la primera de las cuatro últimas cosas. Antes de que uno pudiera llegar al juicio y luego al cielo o al infierno, debe sufrir la muerte. En el Libro de la Sabiduría del Antiguo Testamento, escuchamos que "Dios no hizo la muerte, ni se regocija en la muerte de los vivos". La muerte es consecuencia del pecado original. Con la venida de Cristo, la muerte ya no significaba destrucción o desesperanza, porque al tomar la muerte sobre sí mismo, llevando la pena del pecado, Cristo transformó la muerte en el medio para alcanzar la vida eterna. La gloria de la Resurrección debe ser precedida por los dolores de la Pasión; El Viernes Santo debe pasar antes del Domingo de Pascua. Esto es cierto de Cristo y cierto de la redención que realizó, también es cierto de sus fieles, que deben sufrir la muerte para recibir una participación en su resurrección. Si bien la muerte es algo terrible para nosotros en un nivel natural y una causa de duelo, también es una realidad que está dotada de esperanza en Cristo. "La vida ha cambiado, no se acaba", dice el Prefacio de las Misas de los Fieles Difuntos, citando a San Agustín, y de hecho, esta es la esperanza de todos los fieles.

La muerte es algo terrible para nosotros y una causa de duelo, y esto es natural. Nuestra cultura, que está obsesionada con los buenos sentimientos hasta el punto de la idolatría, dice que nunca debemos sentirnos mal, y que la ocasión de la muerte de alguien es un momento para reprimir esa tristeza y simplemente celebrar la vida. Pero lloramos porque amamos. La pérdida siempre es dolorosa, y no hay nada de malo en permitirnos sentir ese dolor y responder a él en la medida apropiada y de la manera apropiada. Quizás lo más dañino que dice nuestra cultura es "¡no estés triste, no llores, sé fuerte, sé alegre! ¡Celebre la vida de la persona!" Pero como nos dice el Libro de Eclesiastés, "hay un tiempo para llorar y un tiempo para bailar". No debemos dejar pasar el tiempo de llorar de camino al baile, sino aceptar que esto es parte de la vida y permitirnos experimentarlo. Es una experiencia de la cercanía de Cristo; todo lo que experimentó, lo consagró como un lugar donde poder encontrarnos con él, por lo que cuando lloró por la muerte de su amigo Lázaro, consagró incluso el luto como un lugar para encontrarlo. Sabía que resucitaría a Lázaro de entre los muertos, sabía que él mismo daría la resurrección a todos los que creyeran en él, y aún así se lamentaba. Y su Santa Madre, que no conoció el pecado original, ni cometió ningún pecado real, y cuya fe fue la más pura de todos los que jamás hayan vivido, aunque su fe le dijo que vería a su Hijo resucitar de entre los muertos, aun así lo afligió intensamente. Cuando nos encontremos con el duelo y el dolor, consolémonos el saber que Cristo nos acompaña en nuestro dolor y nos da esperanza en la Resurrección.